ANUNCIACION

DE LA VÍRGEN MARÍA

« Ave gratia plena, Dominus tecum. » (LUCÆ, c. V.)

Dios te salve, la llena de gracia; el Señor es contigo.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

El Mesías se acerca, y es prueba de su venida la voz de un Angel. Cuando Dios quiso anunciar á Daniel la aparicion del Santo de los Santos que sería ungido y sacrificado (1), el mismo Angel Gabriel habló al Profeta; cinco siglos despues habló á Zacarías. Nó pariría una Vírgen sin que ántes se anunciara la fecundidad de una mujer estéril: se puede juzgar del Me-

(1) Dan. IX, 21 y sig.

sias por el anuncio del Precursor; y así como el Angel se presentó al Sumo Sacerdote al lado derecho del altar en que sacrificaba, así se apareció á la Vírgen delante de su tálamo, que por su pureza enamoraba los Angeles y era reclinatorio del mismo Dios.

Hay en el fondo de todos los sucesos que prefiguraron y prepararon la venida del Redentor cierta grandeza que impone y recoje los sentidos; pero es más alta esta embajada del Angel á María; su palabra es más excelente; el suceso es maravilloso y enteramente sublime: todo es maravilloso y santo.

Alegraos en el Señor, mis queridos hermanos, porque hablamos, aunque con temor y balbuceando, de aquella Vírgen cuyo nombre ni podemos pronunciar sin reverencia, ni retener en la memoria sin consuelo. Ella endulza nuestras amarguras, porque *su espíritu es más dulce que la miel* (1); y vino á ella el mismo Dios para habitar y descansar en ella, abatiéndose pero realzando la humana naturaleza, recreándose en el amor y humildad de aquella su esclava, que la compensaría de la rebelion de los Angeles y de los hombres. « La

(1) Eccl. XXIV, 27.

naturaleza se admira, se sobrecoje el Angel, pásmase el hombre, se asombra el cielo, tiembla la tierra, y el infierno se horroriza (1). » El Universo se hubiera quebrantado, y toda criatura habría sufrido detrimento, si cuando la grandeza de Dios se manifestaba con tan irresistibles prodigios nó hubiera igualado el efecto de nuestro engrandecimiento en la Vírgen, con el contraste de su abatimiento que hasta nosotros lo humillaba. Se abatió el Excelso; y el que tiene la inmensidad por atributo, quiso ajustarse á nuestra medida. Condújole el amor que nos tenía, desde el cielo al seno de una Vírgen; y desde el altar en que fué ungido con el oleo de la alegría, al ara de la cruz donde sufrió las angustias de la muerte. Así reanudó y compuso esta quebrantada maquina del mundo, deshecha por el pecado, por el castigo, por la rebelion y los crímenes tan horrendos que destruyeron arriba y abajo, en los espíritus superiores é inferiores, toda especie de gerarquia. La presencia de Dios debió ser intolerable. Hallábase en tal abati-

(1) *Hoc est quod natura miratur, reveretur Angelus, veretur homo, stupescit cœlum, extremit terra, infernus exorret.* B. Petri Damiani, Sermo in Annuntiatione B. M.

miento el linaje humano, que nó podría resistir el peso de otros misterios que los misterios del amor divino, dulces y suaves como sonidos armoniosos de una cítara, nó tremendos como su voz de maldicion en el Paraiso, ó el fragor del relámpago cuando tronaba en las alturas del Sinaí.

Cada cual á su modo, los poétas y artistas cristianos, los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos describen con suma gracia y una sencillez que embelesa la mision del Angel. A la voz de Dios atraviesa el desierto de los cielos; se cierne con sus blancas alas y su ropaje aereo sobre los reinos y montañas de la Palestina; y poco ántes que se levantáran las sombras de la noche, vá cayendo como una bendicion sobre Nazareth, y abate sus alas graciosamente. Su espíritu celestial es como luz que se desprende de una nube, vapor iluminado ó sutil aliento, que se reviste de humanas formas con una belleza purísima, ideal, que no se puede describir (1).

Pero aquí donde acaba la inspiracion agotando todas las gracias, entra la sencillez de

(1) La edad media ha sido fecunda en estas representaciones corpóreas de la naturaleza angélica. La sentencia del Concilio

los Santos, ni menos interesante, ni menos admirable. Nó se sabe si cantan ó si lloran; pero los embarga el gozo; y palpitándoles el corazon, suponen dudas en el Angel Gabriel, y los temores y alegrías de su embajada dán lugar á este secreto y sencillísimo coloquio. « ¿ Qué haré? ¿ Correré á su tálamo? Pero asustaré á la Virgen. ¿ Me deslizaré con pasos lentos? Creerá que entro furtivamente. ¿ Llamaré á sus puertas? Nó lo acostumbran los Angeles. ¿ La llamaré por su nombre? Temblará la jovencilla. ¿ Le anunciaré su gozo en el Espíritu Santo, y diré que le hará sombra la virtud del Altísimo? ¿ La saludaré diciendo *Ave gratiosa*, el Señor es contigo? Principiare con palabras de alegría, porque el ánimo está gozoso, el tiempo es alegre, el mandato deleitable; y el consejo es de salud, y principio de un gozo immenso (1).

de Latran, — *Utramque de nihilo condidit naturam, spiritualem et corporalem, angelicam videlicet et mundanam,* — nó se opone al siguiente pasaje de la Escritura: « El hace sus ángeles con los vientos, sus ministros con el fuego abrasador. » San Basilio el Grande, San Metodio, San Agustin, y sobre todos, Santo Tomás es admirable al tratar de los Angeles, cuya asistencia, tan sensible por sus efectos, la hace palpable en cierta manera si seguimos la elevacion de su espíritu.

(1) *¿Velocine cursu ad Thalamum contendam?* S. Andrææ

Rociaron los cielos desde sus alturas, llovieron las nubes, y la tierra fructificaba el Salvador prometido y esperado. Desplegábanse las hojas de la flor de Nazareth, hasta entonces cerradas y recogidas tras el velo del misterio; y descendió á su purísimo caliz la preciosa simiente de la gracia, que establecía entre Dios y los hombres un parentesco divino. Ya pasaron las promesas que se hicieron á Abraham, Isaac y Jacob; y las maravillas que obró el Señor librando al pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto, y los enigmas y figuras que se vieron en el desierto, y las visiones de los Profetas, y la ordenacion del Reino y del Sacerdocio, despues de concurrir á la demostracion de todos los prodigios de la ley de gracia que principia con la Encarnacion del Verbo, ya pasaron tambien. Pasemos con alegría de las sombras y figuras á la realidad; echada está la suerte sobre el templo y el pue-

Hierosol. in Annunt. B. M. S. Cirilo. S. Bernardo y S. Pedro Crisólogo se distinguen entre otros Padres de la Iglesia por su elegancia y las elocuentísimas frases que emplean al tratar de este misterio. S. Agustin hace paralelos entre Eva y María, que son más conocidos porque suelen usarlos los predicadores. S. Ambrosio sustituye á Eva con Sara. Los discursos de Beda en este asunto como en todos, toman su fuerza del cumplimiento de las Profecías.

blo de Israel; *secóse su carne como el heno, y su gloria pasó como la flor del heno* (1); demos la frente al espíritu de Dios que sopla sobre la tierra árida; y ya que son venidos los suspirados dias de la alianza y de nuestra regeneracion, nó seamos ingratos á tantos beneficios. ¡O Vírgen María! ¡Por tí viene la salud al mundo! Tú que eres entre los Angeles sublime, pero humilde entre nosotros, acoje misericordiosa nuestras súplicas. Como el Angel te saludó cuando el mismo Dios bajaba hasta tí desde los cielos, así te saludamos los pecadores, queriendo subir hasta tí desde este valle de lágrimas. *Ave, Maria.*

(1) Is. XL, 6.

Una Vírgen Madre es el milagro de los milagros; y sería un imposible á nó ser la Madre de Dios. María tiene la integridad de la virginidad sin sufrir la esterilidad que entonces se consideraba como una desgracia, y su maternidad divina tiene todo el honor de la maternidad sin mancha alguna, en lo cual consiste su incomparable gloria. Semejante honor, dice Santo Tomás, es el término de las perfecciones divinas.

« Vos concebireis un hijo, y le dareis el nombre de Jesús, *Salvador. Será grande* (1). Se llamará *El hijo del Altísimo*: será llamado *El hijo de Dios*. Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob. Este trono que el Rey Profeta vió en

(1) S. Luc. I, 31.

espíritu le está preparado por el Dios que *le enjendró antes de la aurora* (1). Su trono será eterno, y su reinado no tendrá fin. »

Esto no lo vé la pobre ciencia humana. Ciega y descaminada, menos anda que tropieza chocando con lo sobrenatural y los misterios, se habla del espíritu como si se hablára de una nocion abstracta, y la Iglesia, donde vinieron á refundirse la casa de Jacob y el trono de David, nó se mira por muchos cristianos ignorantes como la depositaria de esta vida del espíritu, de esta doctrina celestial que hace imperecedero el reino de Dios en este miserable mundo, donde todos los reinos perecen.

El Espíritu Santo viene sobre la Vírgen; la Vírgen concibe, y lo que de ella nace, será santo. Mas *¿quién nós contará su generacion* (2)? « Castos misterios del Cristianismo, exclama Bossuet, ¡cuán puros es menester ser para entenderos (3)! El Padre Eterno extenderá su generacion eterna; enviará su Unigenito, y encarnará para salvar al mundo. Tan pura será esta carne, que solo pudiera enjen-

(1) Ps. IX, 3.
(2) Is. LIII, 8.
(3) Élévations à Dieu sur les mystères, pag. 193.

drarla la virtud del Espíritu Santo; y tan santa será el alma, que pueda unirse á la persona del Verbo; y tan limpia de toda mancha debió ser la Santísima Vírgen, que pudiera ser Madre del que es tres veces Santo. Y esta nuestra carne pecadora, y esta sangre envenenada, y esta alma tan rebelde, y todo el hombre esclavo del error y del pecado, desciende por naturaleza y gracia de esas rancias estirpes que esperaron la salud y nó vieron sino la sombra, y de esas razas flamantes tan señaladas por el vigor con que confesaron la fé de Cristo; título glorioso, el principal, el único título de nobleza que tenemos. Nosotros renunciamos á esta dignidad, nosotros nos rebelamos contra la obra de Dios en que resplandecen en un grado infinito su poder y su misericordia, vacilando en la fé y desesperando de las divinas promesas. En vano el Verbo Eterno vino á nosotros tomando nuestra naturaleza para redimirla y elevarla, si nos creamos otro cielo y otra tierra. Los delirios de hoy son insensatos y viles y degradantes. ¡Oh y como se ha disipado aquella generacion fuerte y briosa que vivía de la fé! Se cree en cualquiera regeneracion olvidando la regeneracion cristiana. Todo

se reforma, y no se teme llevar á lo mas sagrado una mano atrevida. El espíritu es acosado; la conciencia es turbada; las pasiones son excitadas de mil modos; la seduccion tiende lazos; la voluntad mas firme se quebranta; la fé se entibia; el hombre decae; y siguiéndose las decepciones mas deplorables á las mas falaces promesas, generaciones raquíticas, disipadas, indiferentes á la salud que nos viene de Cristo, se conmueven cuando llega á sus oidos el anuncio de una nueva regeneracion, que los filósofos preparan. La humanidad está muerta si nó se une á Jesús, sino se incorpora al Verbo; la Religion del Crucificado puede salvarnos, y la Iglesia es el arco de salvacion. Morir, y morir sin remedio, esta es la suerte de los que se apartan de la familia cristiana. Sin pan, sin abrigo, sin luz, sin guia, sin apoyo ¿que sería de nosotros, Dios mio, si siguieramos nuestro espíritu, espíritu de orgullo, amigo de temerarias ficciones, criterio el más engañador y más falso, que es para tantos miserables el único maestro á quien escuchan? Tiempo es ya, Señores, de que se vea claro en tales materias. Gracias á Dios, hemos llegado á unos dias en que nó es

lícito porque nó es posible siquiera, confundir una doctrina humana con la doctrina divina. Aunque á costa de mil males y desgracias, somos deudores de este beneficio tan señalado al Protestantismo, que ha hecho resaltar con sus absurdos los caracteres eternos de la verdad religiosa; y desde el Protestantismo acá, es mucho lo que hemos adelantado en esta vía. Ya nó tememos los errores ni los sistemas mas absurdos y atrevidos; señálense nuevos caminos á la humanidad; profetícese la ruina de la Iglesia; que se nos dé por muertos á los que predicamos en nombre de Jesús, y contrapongase á la predicacion de la *buena nueva*, et desprecio público de toda religion para que mejor se crea en ese porvenir tan venturoso que proclaman falsos oráculos de la razon libre. Pero mientras más absurdos se proclamen, más se rectificará el juicio; ya la razon mejor ilustrada dá testimonio de Dios, y renuncia á tantos delirios para incorporarse al Verbo. Oigan todos la palabra de Dios, que es la sabiduría, la fuerza, la salud, y la vida; ella levantará de su postracion á las Naciones; las reanimará; la savia correrá por sus venas; están abatidas y recobrarán de este modo sus

títulos de grandeza; engañadas por falsos oráculos prestarán atento oido á la voz de los Angeles; y separadas del tronco de las familias cristianas que arranca de aquella generacion eterna, uniránse al Verbo; y el Verbo, por una especie de encarnacion, se les incorporará íntimamente. Su corazon y su alma vendrán de aquella alma que padeció deliquios por los pecadores y de aquel corazon que dió por ellos toda su sangre tan preciosa: y el Salvador estrechándolas amorosamente en sus brazos les dirá con un amor infinito; « El que escucha la palabra de Dios y hace su voluntad, es mi hermano, mi hermana y mi madre (1). »

Os hablaba, Señores, del parentesco divino á que nos abría la puerta este profundo misterio, y es preciso informaros de los accidentes y circunstancias eslabonadas por la Providencia para preparar, anunciar y realizar nuestra regeneracion de un modo seguro. Así vereis que no ha habido mas que una regeneracion, la que obró el Altísimo, y que nó se deben tentar otros medios para sacar á los pueblos de su decadencia que los que sean mas apropósito para volverlos á la Religion.

(1) Luc. I, 38.

La Anunciacion, este misterio rodeado de milagros, era ya la útima voz que bajaba de los cielos para acabar en el seno de la Vírgen María, aquella generacion tantas veces anuncai aden los primeros tiempos. A seguida de este anuncio, ya ois decir : — *Ecce Rex; Ecce homo; Ecce filius; Ecce mater.* — « Ved aquí el Rey; ved aquí el hombre; he aquí á tu hijo; he aquí á tu Madre. » Todo quedó comprobado.

Pero mucho antes de esto, aunque ya en los dias en que la Providencia anudaba el hilo roto de tantas generaciones rebeladas, preparándonos una ascendencia mas ilustre, llamó el Señor á Abraham, que se ejercitaba en la pastoría en las llanuras de la Caldéa, y le dijo : « Sal de tu pais, y de tu familia y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré : y yo haré de tí una gran nacion, y haré tu nombre magnífico,.... y en tí serán benditas todas las naciones de la tierra (1) » . Veinte siglos tardó el cumplimiento de esta promesa. Para el Eterno nada son los siglos; pero comparad este llamamiento con la mision del Angel á María, y

(1) Gen. XII, 1 y sig.

vereis el conjunto de esta preordinacion divina que es todo el plan de nuestra Redencion, trazado, por decirlo así, en una carta de dimensiones verdaderamente colosales. Un conquistador, un Rey, no pudieran hablar así; sus promesas se habrían disipado como sus dádivas; nada quedaría de esas tierras, de esas naciones, de esas ciudades, como nada queda sino la memoria de aquellos imperios y grandezas babilónicas levantadas por la mano del hombre y destruidas por la del tiempo, implacable enemigo de sus obras. Pero Isaac y Jacob nacieron de Abraham, y Dios juntó perpetuamente á su nombre el de estos dos hijos y el de su padre. Este es el principio, y la obra continúa.

La familia de aquel pastor Caldéo vióse sentada en las gradas del trono, con José, que la representaba : inspirando recelos su grandeza, fué oprimida en la tierra de Egipto; libertada por Moisés de la servidumbre, sigue á su caudillo, el caudillo recibe del mismo Dios los mandamientos de una ley siempre vigente, ley divina y eterna, que no puede derogarse como se derogaron las leyes de Solon, Minos, Licurgo y Confucio, con ser tan

sabios legisladores. El pueblo de Israel dividido en tribus, gobernado por jueces, llegó por fin á la tierra prometida, y despues de cinco siglos, mil años antes de la venida del hijo de Dios, fué elevado al colmo de la gloria como para que mereciera tener entre su descendencia al *deseado de las naciones*. Brillante pero de corta duracion fué en Israel el periodo de la Monarquía. David y Salomon, pero sobre todo el primero, fué figura de Cristo. Salomon, Rey pacifico, levanta al verdadero Dios el primer templo del mundo. David, pastor como Abraham, apacienta sus ganados; Rey de la guerra, hace armas contra las gentes enemigas; cantor y poéta modera con su harpa las iras de Saul, maldice las colinas de Gelboe; y levantando su trono sobre las montañas de Sion, vé al Cristo en la prolongacion de su estirpe, y canta su vida y muerte en el Salterio, cuyo ritmo inmortal es la lengua de la Iglesia así en sus tristezas tan fúnebres como en sus alegrías tan santas. El pueblo de Israel es reducido á la cautividad; el templo de Jerusalem es destruido; gimió bajo el peso de horrible esclavitud á orillas de los rios de Babilonia; pero el Señor que todo lo gobierna, le-

vanta á Daniel, quien predice la ruina de Babilonia; Babilonia cae. Ciro salva los restos de Israel; Zorobabel, uno de los ascendientes de Cristo en línea recta, así como Ciro, fué una de sus mas claras figuras (1), conduce los restos de este pueblo á las ruinas de Jerusalem, y echa los cimientos del segundo templo. En este tiempo aquella gloria se amortigua, y la oscuridad va creciendo gradualmente, así como el silencio de los Profetas. *Propè est Deus* ¡Dios está cerca! Todo está hecho. La gloria se detiene al parecer ó se oculta á la vista de los hombres; pero llegada la hora, cuando la Magestad divina baja de los cielos á tomar nuestra carne en las entrañas de una Vírgen, oscura descendiente de aquella raza que se había preparado, si nó encontró la púrpura de Salomon porque el esplendor de los Reyes de Judá habia pasado, encontró la sangre de Abraham y de David; y en aquella sangre estabamos nosotros; estaba el universo mundo á quien habia de redimir. ¡Cuánta es la gloria de la Redencion, pues que en solo preparar

(1) Terminantemente llama el Señor por boca de Isaias á Ciro *su Cristo*, es decir, *su ungido*. *Hæc dicit Dominus Christo meo Cyro*. Cap. XLX, v. 3.

una estirpe que diera la Vírgen de que nacería el Salvador, pasáronse veinte siglos! Esta Vírgen es nó solamente la obra maestra de la gracia, como dice S. Bernardo, sino el lazo de union entre el cielo y la tierra. El Dios-hombre está entre nosotros; es el hijo de David en quien acaba la sucesion de los hombres enjendrados segun la carne, para dar principio á una nueva generacion segun la gracia; donde acaban los *hijos de ira*, y por quien somos *hijos de misericordia*. La naturaleza se conmueve, y se sobrecoje la Vírgen á estas palabras del Angel; « El señor es contigo. » Nó bien se dijeron, y ya quedaron quebrantadas, como dice S. Ireneo, las cadenas que nos sujetaban á la muerte por una funesta necesidad (1). Tal es la historia de la generacion temporal del Verbo; y al entresacarla de los documentos que forman tan maravilloso tejido, hallamos la serie de nuestros ascendientes y nuestra propia genealogía.

Aunque nosotros estamos en el Verbo y el Verbo en nosotros por la asuncion de la humana naturaleza, hay una otra generacion, un otro parentesco, parentesco de filiacion

(1) Adv. hæres. lib. v.

espiritual en cuyo concepto nos decimos con rigorosa propiedad *hijos de Dios*. Por esta razon se dice en el Evangelio : « Ellos nó han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (1). La concepcion que milagrosamente se obra en las entrañas de una vírgen es semejante á la que se verifica en nuestros corazones y en nuestras almas por la fé. Nuestro nacimiento es virginal como lo fué la concepcion y nacimiento de Jesús ; cae de los cielos la semilla de la divina palabra, y fructifica en los corazones dispuestos á recibirla. Aquellos que saborean sus preciosos frutos, tan delicados y suaves, son verdaderamente hijos de Dios. Los que reciben la luz del Evangelio que alumbra á todo hombre que viene á este mundo, son hijos de Dios; ven la gracia en sus milagros, y la verdad en sus palabras. ¡Ah, mis queridos hermanos! Nosotros somos hijos de Dios, pues que nosotros somos hijos de la luz, hijos del Evangelio. Aquellas palabras de Isaías : « El Señor continúa hablando á Achaz.....Ve aquí que una vírgen concebirá en su seno, y parirá un hijo que se llamará

(1) Joan. I, 13.

Emmanuel (1), » se cumplieron á la letra en la concepcion y nacimiento de Jesús, altísimo misterio del cual se deriva el misterio de nuestra regeneracion. ¿Es posible equivocarse? Nó. « El Señor mismo os dará un signo, » dice el Profeta (2). ¿Qué signo es este? Un ángel baja de los cielos; saluda á la Vírgen María, y le dice : — *Ave gratiosa; el Señor es contigo.* — La Vírgen se turba; ella no puede alcanzar el misterio que se le anuncia; pero el Angel dice : *Nó temas; has hallado gracia en el Señor; concebirás y parirás un hijo que se llamará Jesús; el Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra.* Basta. Ved aquí el signo de que hablaba el Profeta Isaías. La Vírgen exclama : *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.* Y él Verbo habitó en sus virginales entrañas, y nosotros nos unimos al Unigénito del Padre, que bajaba de los cielos para redimirnos del pecado y de la muerte.

¿ Dónde encontrarémos elogios que nó sean vanos, y alabanzas que nó sean ni fútiles ni

(1) Is. VII, 10 y sig.
(2) Is. VII, 14.

escasas para bendecir á la Vírgen, que mereció ser templo santo donde quiso habitar el mismo Dios? Amontonemos las imágenes y pensamientos de los libros sagrados, porque la hija de David nunca será dignamente alabada sino en la lengua de sus padres. Dichosa la raiz de Jessé, y tres veces dichosa la casa de David. Dios habitó en las entrañas de la Purísima Vírgen sin ser quebrantada; porque — *El Señor santífico su tabernáculo* (1). — Tuvo la Vírgen en su seno á Aquel que no cabe en el espacio. Llevó en su seno á Aquel que lleva todas las cosas, y que á ella misma la llevaba. Sobre ella cayó *el celeste rocío,* y de sus gotas como perlas nació una fuente, y esta fuente fué la fuente de Belen, por quien David, abrasado de sed, tanto suspiraba. Fué la Vírgen el verdadero propiciatorio donde nuestro Dios se reveló al género humano bajo la figura del hombre, y el vestido sin mancha de Aquel que segun el lenguaje de la Escritura, *tiene la luz por vestido* (2). ¡Oh y *cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso es el lugar en que habita* (3)!

(1) Ps. XLV, 5.
(2) Ps. CIII, 2.
(3) Baruch, III, 24.

¿ Podríamos dudar, Señores, que la que fué digna de llevar en su seno el fruto de nuestra redencion pudiera alcanzarnos el beneficio de nuestra liberdad? Nó ciertamente. Atestiguamos con el mundo que la ha honrado en todo tiempo. Sería menester, no solo despreciar las alabanzas que hoy recibe la Santísima Vírgen de los lábios de todos los hombres, sino olvidar tambien el fervor con que los Concilios y Santos Padres defendieron la hermosa prerogativa de su maternidad divina contra las impías blasfemias de Nestorio. A la voz de *Salve Deipara*, los maestros de piedad y columnas de la fé, los Prelados de ilustres y Santas Iglesias, sucesores de los Apóstoles; los hombres sábios y elocuentes, cuyos lábios destilaban dulces alabanzas ó fuertes anatemas, tomando la Cruz y despreciando las tempestades, se reunieron en Efeso. La salutacion del Angel Gabriel es fundamento de sábias discusiones y el grito de todos los fieles. De repente, la fé y el amor obran una transformacion sobrenatural. Ya nó son ni sábios, ni mártires, ni maestros, ni obispos los que componen aquella asamblea, por siempre memorable; son Angeles del cielo que vienen en auxilio de Gabriel;

todo el mundo los vió llegar á la ciudad; el Asia se alegró, y todo el orbe de la tierra (1). Allí quedaron enterradas todas las heregías, y anatematizadas todas las blasfemias, y proscritas para siempre todas las doctrinas temerarias. Las definiciones de Efeso sofocaron todos los errores; y prestaron tal vigor y pureza al espíritu católico, que la doctrina de aquel Concilio suministra armas en todo tiempo, y siempre han sido muy poderosas en manos de la Iglesia. Focio, Porfirio, Sabelio, los Maniqueos, los Arrianos, los Apolinaristas, desaparecieron. Recordamos sus errores condenados y deshechos, como triunfos de la Madre de Dios : son la serpiente tentadora debajo de las plantas de la mujer su enemiga. La Iglesia vive, y su doctrina es inmortal; nó se agota. La Madre de Dios alcanzó de los hombres un triunfo completo : todas las generaciones la llaman Bienaventurada. Mereció la Vírgen el honor de la fecundidad, y se con-

(1) S. Cirilo obispo dirije una salutacion á la ciudad de Efeso con el entusiasmo y alegría correspondiente al suceso, como se deja conocer por estas palabras : *Salve Ephesiórum urbs, novo maris prospectu ornatior, propterea quod loco terrenorum portuum, portûs Angelici ac cœlestes ad te venerunt. Salve Asianæ Diœcesis decus, etc.*

serva fecunda la que concibió al Redentor del mundo. Nuevos hijos la llaman siempre y esperan en ella. Nada de regeneracion anticristiana, nada de engañosas promesas ni de utopias. Academias que disputan, sectas que perecen, errores que unos á otros se suceden devorándose, esto es lo que hemos visto claramente en esos periodos en que se coligaron contra la Iglesia y el sagrado depósito de su fé, sus más poderosos enemigos. ¡Cuán hermosa es la doctrina que nos presenta á todo un Dios viniendo á la mísera humanidad para ennoblecerla y salvarla! Toda otra doctrina es estéril y funesta. Seguid el camino, mis queridos hermanos, que siguieron aun muchos corazones duros que se ablandaron delante de la Santísima Vírgen y se rindieron á sus piés. Sus pensamientos deshonestos se volvieron castos, sus palabras irreverentes se volvieron comedidas, su glacial indiferencia se tornó en afectos vehementísimos, y la más desesperada de las desesperaciones se mudó en la más hermosa y consoladora de las esperanzas. ¡Ah, mis queridos hermanos! ¡Qué dicha la nuestra! La que es Madre de Dios es madre de todos los hombres. Admirad con la Iglesia el prodigio

de su fecundidad. El Rey Profeta la vió de lejos *como una oliva que dá fruto en la casa del Señor* (1), y hariais mal en nó buscar la sombra y proteccion de esta preciosa oliva, que á tantos pecadores sostiene y defiende, dándoles á gustar frutos de vida eterna. *Amen.*

(1) Ps. LI, 3.